

RAG CUTER

FICO, MATITA DIVINA
Fico Guzmán-In memoriam

bakakai@libreriabakakai.net

Colección: Galeatus
Fecha de Publicación: 18/02/2026
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

FICO, MATITA DIVINA



A

mis amigos artistas.
Vuestro compromiso
es un ejemplo para
mí y una constante
fuente de
inspiración.

Federico Guzman

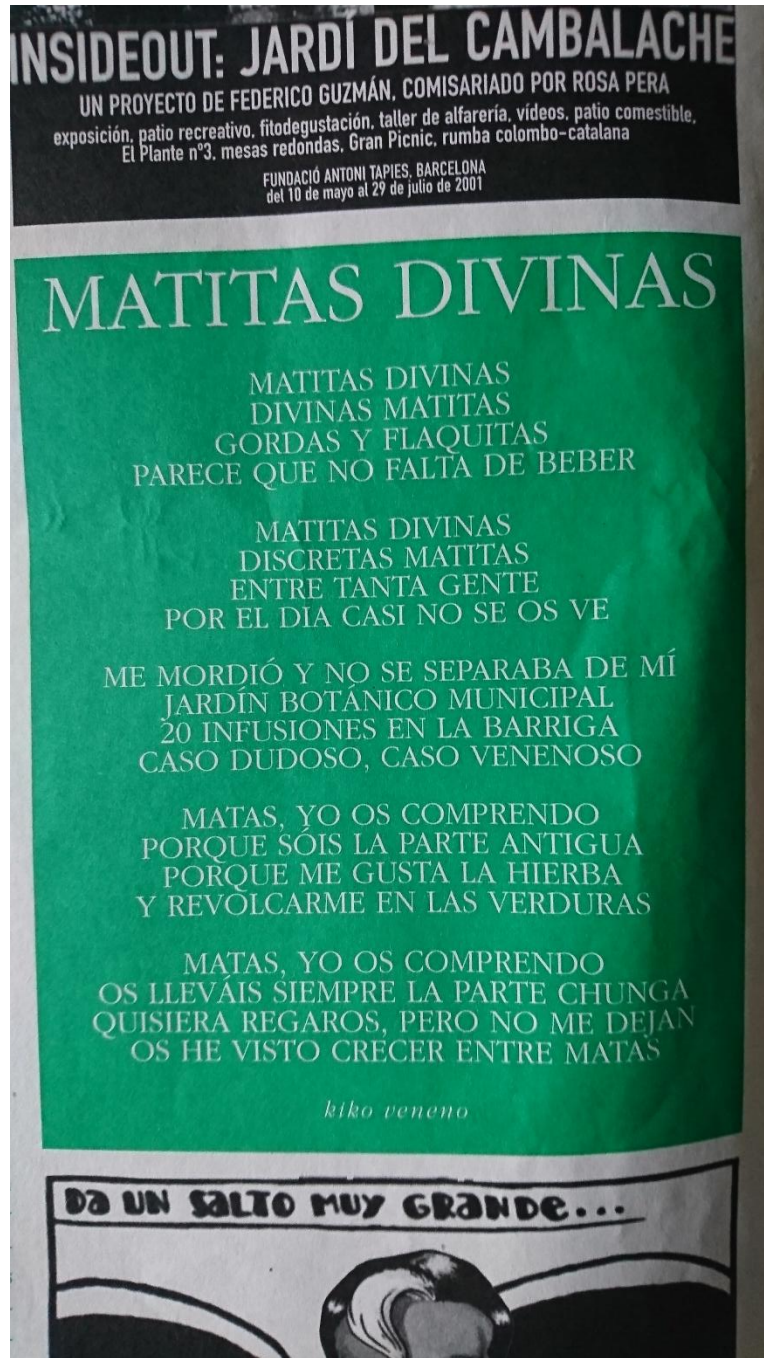
Esta mañana, mientras atendía en la librería, me llamó Esther Regueira: “¿Estás sentado?”, preguntó. “No, no puedo hablar por teléfono sino paseando”, creo que le contesté, sin advertir la gravedad del asunto. Había muerto Fico (para los amigos), el artista y anarquista sevillano Federico Guzman. A él se debe esa consigna que tanto enarbolamos los refractarios: “Arte y Anarquía todo el día”; y también esta otra, tan lúcida como guasona: “El arte por el arte es una “güevoná”.

Conocí a Fico tras su regreso de Colombia, donde había estado enrollado con el colectivo de trueque Cambalache. Sabía de él por los textos que firmaba como Guadalupe Sordo en *Refractor* y en *El Plante*, ese fantástico periódico ocasional que imprimieron en tonos verdinegros Quico Rivas y Esther Regueira con ocasión del proyecto *Matitas Divinas* —en referencia a la canción de

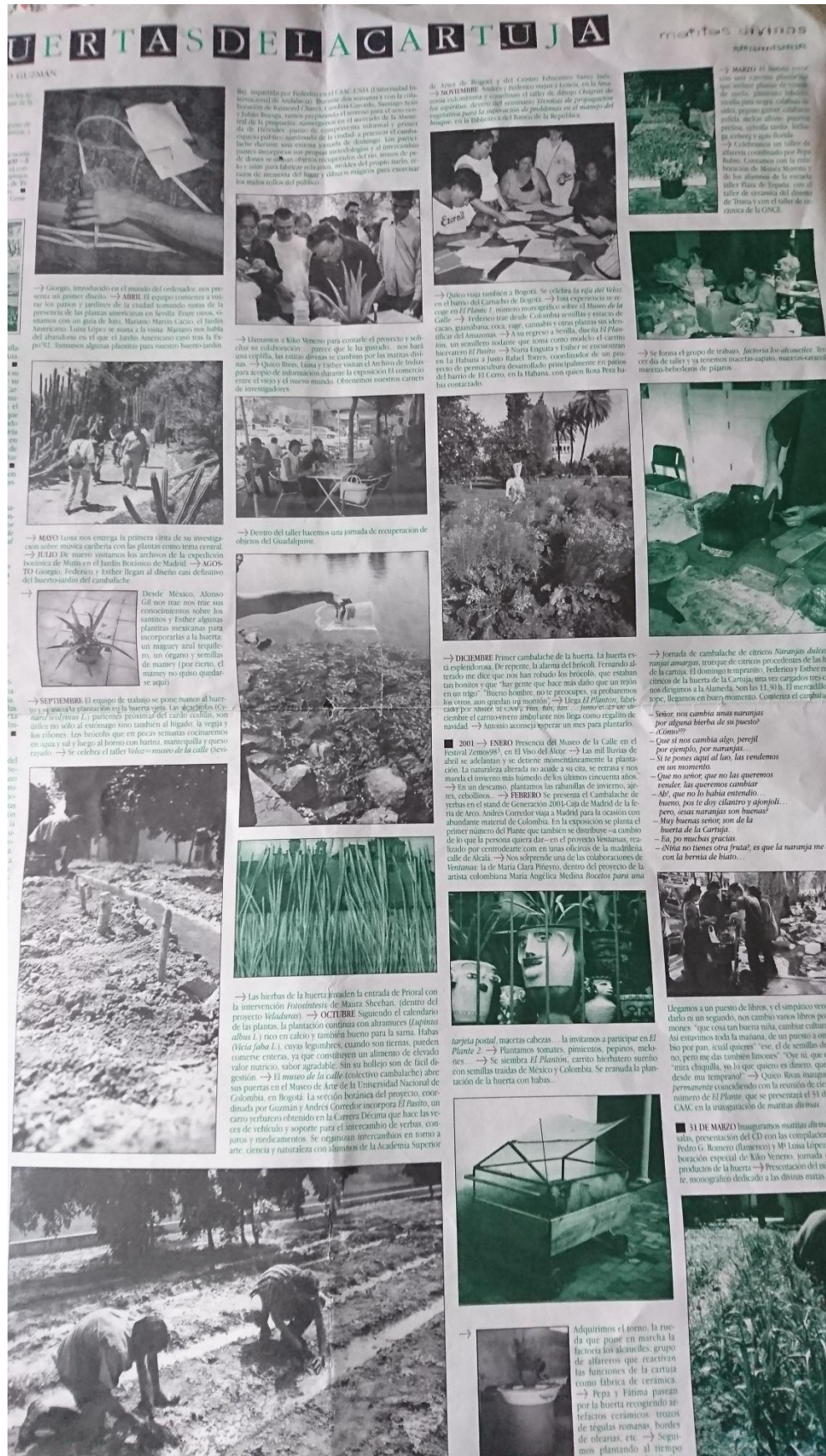
Veneno “Ratitas Divinas”— realizado para el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo en 2001.

Compilaba el trabajo que Federico Guzman había desarrollado tanto en Colombia como en España durante los tres años anteriores, donde aplicaba “las propiedades intelectuales y espirituales de las plantas y la economía intemporal del trueque” en talleres y muestras de intercambio, dibujo, botánica y plante. Creo que no es desencaminado llamar arte vegetal al desarrollado, de una u otra forma, por Federico Guzman desde ese momento. “Las plantas como testimonios de viajes, de conductas, de economías, de poderes, de transacciones culturales; las matas, como elementos que conforman la vida cotidiana”, escribía bajo el seudónimo Guadalupe Sordo, proponiendo “otro modelo de museo, el Museo de la Calle, con una colección en permanente mutación, cuyos contenidos circulan a través del cambalache”. Le estoy viendo — literalmente en una fotografía— empujando el carro con el que él y sus compas del colectivo Cambalache —“de saberes en torno a la ciencia, el arte y la naturaleza”— recogían cachivaches por las calles de Bogotá: alto, flaco y algo desgarrado, con melena rubia y esas gafas que llevaba por entonces, mirando por sobre el manillar los enseres recolectados en aquella jornada. Fico tenía un enorme interés en las plantas y sus usos, por un lado, y en el dibujo como vehículo de comunicación, por otro. Había puesto a sus alumnos bogotanos a elaborar láminas botánicas enfrentadas al naturalismo y el dibujo de representación científica. “Dibujar asumiendo una diversidad de visiones, evitando cualquier definición del dibujo, entendido, algo inevitable, para asumir muchas formas de dibujar diferentes, ninguna más natural que otra”.

Matitas divinas fue algo más que un proyecto “que pasa por artístico —como le escribió en marzo de 2001 Quico Rivas— y lo es, pero que, sobre cualquier otra consideración, ha sido, sigue siendo, una apasionante aventura. Una aventura hispano colombiana. Fue en Colombia donde el *rayo verde* te tiró del caballo y te partió el corazón. Y empezaste a predicar la buena nueva”. Tal vez Quico —quien por supuesto se halla entremedias de mi relación con Fico— se refiriese al rumbo que a partir de entonces tomó la aventura artística de Federico, quien empezó a entender el arte como un saber y una práctica



compartidas, como demostraría, por ejemplo, en sus talleres de dibujo mural, como *La ola y el océano* (Casa Sahara, Sevilla, 2017) que luego reintegraba en proyectos expositivos como *Al borde del mundo* (IVAM, Valencia, 2018). Si el arte era una aventura, para considerarla verdaderamente como tal, esta no podía reducirse a una práctica individual, por muy emocionante que fuese para el artista de turno su proceso elaborativo hasta su resolución formal, sino que debía nutrirse de otra clase de afecciones, centrifugando su práctica de manera que afectase a la comunidad, en pos de una transformación radical. A Fico le interesaban los talleres “porque son herramientas que rebosan los límites de la obra, y abordan el arte y la acción colaborativa como momentos colectivos de comunicación, aprendizaje y transformación”. Ay de aquel arte que no nos transforme. Como artistas, escribía Guadalupe Fico Sordo, “Nuestro trabajo no se puede limitar a crear representaciones, sino que debe buscar establecer una relación lo más directa, abierta y duradera posible con los contextos y comunidades en los que interviene, y en ellos buscar nuevas maneras de hacer socialmente útil nuestra creatividad”. De esta premisa partía a la hora de



implicarse en Artifariti, un encuentro solidario en el que participó activamente cada temporada, que se celebra desde 2007 en los campamentos de refugiados saharauis con el objetivo de impulsar ámbitos de convivencia, comunicación y prácticas artísticas, para reclamar la autodeterminación del Sahara Occidental.

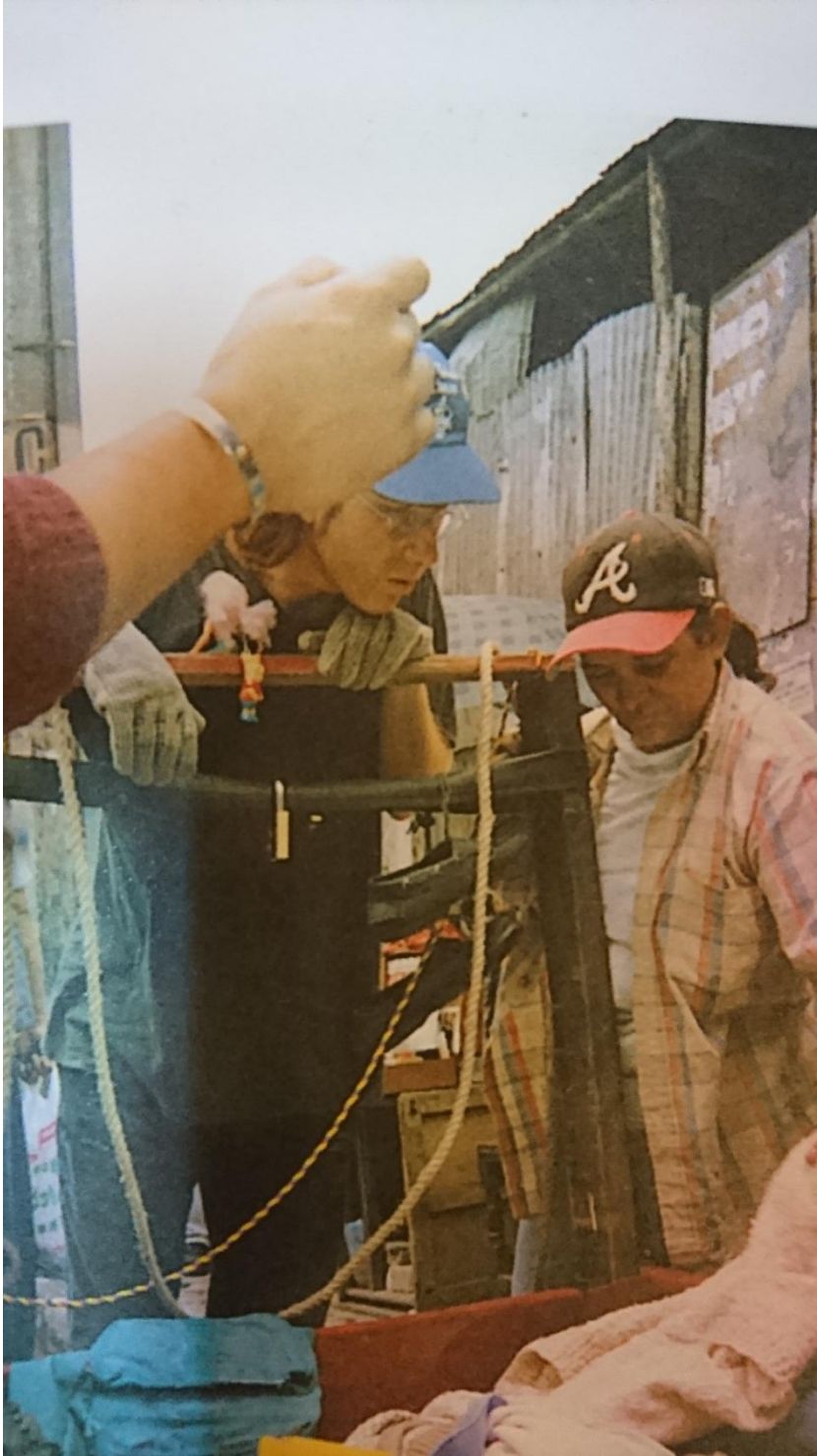


Quico Rivas me había puesto sobre la pista de aquel trío de artistas –Federico Guzman, Vicky y Loncho Gil– con el que, sin conocerlos personalmente, sentí gran afinidad, no solo por las referencias ineludibles que manejábamos, como Polke, del que ellos se habían impregnado directamente durante su temprana estancia común en Alemania. Cuando por fin les conocí, habíamos dejado atrás la aventura del periódico anarcofuturista *Refractor* y emprendíamos su continuación con *La Infiltración*. De Federico Guzman sabía que había despuntado como uno de los artistas relevantes de comienzos de los noventa, reconocido por la crítica de arte del momento en su selección de “imágenes del tiempo” para revistas como *El Europeo* y otras. Pero Fico no se lo tenía creído de ninguna manera. La facilidad con que conectamos la columna madrileña con la sevi- llana se produjo de manera natural, con motivo de otro sarao memorable pergeñado por Quico Rivas: el Salón del Carbón, una subasta lúdica de arte celebrada en La Carbonería de Sevilla entre diciembre de 2005 y enero de 2006 con objeto de recaudar fondos para la caja de resistencia de la CNT local, aventura en la que participamos casi un centenar de artistas; y otro evento lúdico, artístico y reivindicativo en el que Quico esta vez participó pero no coordinó: lo hizo Fico con otrxs compas, pues tras su andadura colombiana estaba ya de vuelta del artista de firma cuyo único interés es automasajear su ego, volcándose en cambio en prácticas artísticas colectivas y viajes de intercambio de experiencias y saberes. Copilandia, que procedía de una experiencia

anterior llevada a cabo entre la frontera fluvial de Andalucía y Portugal, en su versión sevillana aconteció en aguas del Guadalquivir, en una embarcación anclada bajo la Torre del Oro, frente al barrio de Triana, armada con toda clase de tecnología para la copia y el “hazlo tú mismo”, desafiando las políticas de propiedad y copyright. Por la pasarela del barco Copilandia pasamos un montón de gentes intercambiando avisos durante varias jornadas en las que se celebraron talleres, ponencias y conciertos anticopyright. Las ideas están en todas las cabezas, las ideas no son de nadie, nadie puede apropiárselas pues derivan de toda una madeja hurdida por toda clase de gentes de lo más diversas a

través de los siglos; es una herencia legada al común, para que la reutilice, mejorándola. Esa era la idea.

“La Idea es la acción”, estamparon los refractarios en la portada del primer número de su periódico de arte y agitación anarcofuturista en 1998, “... y la acción no da tregua”. Así, me vi al lado de Fico en otros proyectos colectivos parecidos, en los que siempre sobrevolaba el fantasma de Quico, incansable batallador de la Idea que nos unía, y aún nos une a quienes seguimos en este barco que no quiere llegar a ningún puerto, sino seguir bogando en libertad. Siento gran afinidad con la Columna Sevillana, de la que, tras la marcha de Quico, ahora nos falta Fico. Según un viejo dicho anarquista: “Nadie es imprescindible, pero todos somos insustituibles”. Siento decir que esta otra, “Vivir significa tomar un barco para ir a ver a tus amigos”, tan estimulante, me va resultando cada vez más lacerante, a cada amigo que pierdo, pues son cada vez menos los barcos que tomar con ese fin, que es el único fin que importa, si no al fin y al cabo, durante la travesía: la aventura misma. Pues no ha de ser el fin lo que importe, ya que, como decía el Sola, “partir para llegar a alguna parte no es partir; partir es no querer llegar”. Cuando, por cualquier motivo, la cosa empieza a flaquear, para darnos jovialmente ánimos, lxs anarquistas solemos



sacar a colación ese chiste, no sé si atribuido a Bakunin, de que, al menos hasta que nos muramos, somos indestructibles –y divinas, como las matitas que al cabo dispersan su polen para hacer germinar otras matitas–. Puede que Fico no sea ya indestructible, pero seguirá siendo siempre insustituible.

Raj Kuter, en un lluvioso Alfacar,
Sierra de la Alfaguara,
9 de febrero de 2026



Foto: Aintzane Fernán